

Gonzalo Lema

Contra nadie en la batalla



la mancha

literatura adultos

BOLIVIA

Serie La Mancha, 2007
© Grupo Editorial La Hoguera
Contra nadie en la batalla
Gonzalo Lema

Editorial La Hoguera
Calle Beni 678
Edificio Gabriela 2º piso
Santa Cruz de la Sierra
Bolivia
Derechos reservados de acuerdo a Ley

Prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin permiso expreso, por escrito, del autor y la empresa editora.

Editor: Mauricio Méndez J.
Corrección de estilo y Diseño editorial:
Departamento de Producción La Hoguera
Impresión: Imprenta Landívar

PRIMERA EDICIÓN • 2007
Depósito Legal: 8 – 1 – 288 – 07
I.S.B.N.: 978 – 99954 – 34 – 03 – 8

Comentarios y sugerencias:
www.lahoguera.com

ÍNDICE

PARTE I

La revolución posible
y la vida fallida de Carmen Vargas

PARTE II

Martina en el mercado de flores

PARTE III

Benjamín Townsend:
biografía poética de un hombre solo

LA REVOLUCIÓN POSIBLE Y LA VIDA FALLIDA DE CARMEN VARGAS

(1964)

Benjamín detuvo en seco su caballo a pedal. Había escuchado algo de algún lado. ¿Alguien susurraba su nombre? ¿Era eso, tal vez? Miró a los costados, hacía las ventanas posteriores de su casa vacía de gente, hacía la puerta semiaabierta del baño de Benita al lado de la lavandería, pero nada. Sin embargo, su nombre le llegó a los oídos como una suave brisa en el silencio tenso: “¡Benjamín!”. Luego, la señal apurada: “¡Aquí, arriba, por Dios!”.

Benjamín giró la cabeza y divisó al señor Juan Mérida, su padrino, fatigado por el esfuerzo. Tenía medio cuerpo colgando de la baranda del balcón de la casa vecina y gemela a la suya, la calva con perlititas menudas de transpiración. De sus manos pendía una sogá gruesa, con un ojal inmenso en la punta y un nudo corredizo como para enlazar un alazán.

—¡Ven, niño, apúrate! ¡Anda, ven!

Benjamín descabalgó de su caballo amarillo y montura verde. No pareció comprender las intenciones de su padrino, que apurado lo llamaba con la mano en forma reiterada y le pedía silencio con gestos y ademanes, temeroso de algo que él, en sus cinco años, no alcanzaba a descubrir.

En ese preciso instante, al otro lado de la casa, en la acera y puerta principal, se escuchó un murmullo de gente, un chillerío creciente y la voz de un megáfono que decía: “¡Esta es una de las casas de los policías Araúz! ¡Así de bien viven los movimientistas, compañeros!”. Dos disparos de pistolas seguidos como arenga reventaron en el cielo, el vocerío se hizo fuerte, un chirrido de llantas se sumó a todo, un tropel de regimiento, otra vez el chillerío y la voz del megáfono trezada al desorden, azuzando al saqueo: “¡Todo esto es nuestro, compañeros...!”.

—¡Ven, niño! —pidió Juan Mérida—. ¡Quiero alzarte hacía mi casa!

Benjamín avanzó timorato a la pared medianera y curioseó un tanto al jardín, a la acera, a la horda de gente que empezaba a trepar furiosa la verja de su casa pese a la amenaza criminal del Diablo. La sogla le golpeó la cabeza, le rasmilló el cuello y la mejilla. Su padrino le suplicó con voz temblorosa: —¡Por lo que más quieras, Ben, pasa los brazos por el lazo, mete la cabeza y no dejes de mirarme! ¡Apúrate, niño!

Pero Benjamín estaba impresionado. Volvió a mirar hacía la acera justo cuando apareció Benita a toda carrera, desdibujada por el susto tremendo, batiendo sus polleras y las trenzas en el afán de escapar, gritándole algo imposible de oír en medio de tanta bulla. Tras suyo el Diablo, cojo, sangrando del lomo, con las orejas gachas, despavorido. Luego, tras los dos, mucha gente a la carrera gritando “¡al ataque!” con palos en las manos.

El padrino jaló la sogla y logró trabarla debidamente en las axilas de Benjamín. “¡Sujétate, papito, y no dejes de mirarme!”. Un estruendo imprevisto estremeció la casa, sacudió el piso, y una polvareda amarilla reventó por las ventanas. Benjamín se tapó los oídos, atolondrado. Todavía advirtió que Benita encerraba al perro en el baño y que se aprestaba a defenderse del tumulto con el palo de la escoba entre las manos.

—Tranquilo, Ben, tranquilo. Yo te subo mi niño. Ahí vamos.

Su padrino Juan Mérida jaló la soga traspirando de la frente, de la calva y del cuello.

Un nuevo estruendo de dinamita voló el techo por los aires y una humareda gris se elevó en el acto. ¿Era una guerra de verdad? ¿Quiénes eran esos hombres que entraban y salían por los huecos de la casa, quiénes volteaban las macetas y quebraban crueles las ramas de los árboles tiernos? ¿Quiénes eran? Algunos hachaban las paredes y algunos pateaban la puerta del baño de empleada donde el Diablo no dejaba de ladrar. Benjamín ya llegaba al filo de la pared cuando sonaron los disparos: tres ráfagas largas y cruzadas sobre la puerta de madera y el silencio inmediato del perro. Un disparo seco en la frente de Benita cuando alzaba el palo para descargarlo sobre alguno de los hombres armados. Benjamín la vio abrir la boca en un gesto de sorpresa único, “¡ay!”, un quejido dulce, suave, apagado, antes de desplomarse como un simple montón de ropa.

Los de las armas observaron el estupor de Benjamín que, colgado de la soga por las axilas, con el cuello torcido hacía Benita muerta, las manos en los oídos y el cuerpo balanceando en el vacío, ya casi estaba al alcance de su padrino en el balcón vecino. Dudaron de, o mejor no, miraron rápido en su derredor y se alzaron de hombros rumbo al saqueo perdonándole la vida.

—¡Dios, a salvo!

Juan Mérida, colorado por el esfuerzo, traspirado, tomó a su ahijado entre los brazos. Entusiasmado, conmovido, rápido se lo pasó a los brazos de su mujer, Pilar Ballón, que sufría aterrada por lo que veían sus ojos. Ella lo pasó a Ana y Charo, sus hijas surgidas a sus espaldas. Recogió la soga del aire y empujó a todo el mundo dentro de la casa a esconderse y rezar.

El saqueo continuó como media hora, luego quedó la humareda, el polvo y los cadáveres de Benita y el Diablo. La chusma enardecida se fue calle abajo, vitoreando al General Barrientos, en busca de la otra casa Araúz, la del hermano mayor. Mientras tanto, había llamado la mamá de Benjamín, Carmen Vargas, para agradecer profundamente a sus comadres el socorro de su hijo, llorosa, y para decirles que por unos días ella no podría salir, ni queriendo, de donde se hallaba escondida, precaución necesaria, pues, hasta que la contrarrevolución fuera derrotada por las fuerzas leales. No sabía nada de su ex marido, comadre, como siempre, si estaba en Tarija, en Oruro o en el infierno, ni de su cuñado; pero sí que Víctor Paz Estenssoro había salido del país, rumbo a Lima, seguramente.

La comadre Pilar se pellizcaba el cuello, nerviosa, mientras escuchaba a Carmen Vargas —¿debería contarle ya sobre la tragedia de su casa, de Benita, del perro...?—. Pero Carmen no paraba de agradecer por lo de Benjamín y hasta llegó a pedir que cuidaran su casa echando doble llave a la puerta de calle y dándole dinero a Benita para el pan de cada día, por favor, comadre, para la leche, completamente ajena a lo sucedido.

—Esto no puede durar mucho —dijo muchas veces, convencida—, después de todo Barrientos es vicepresidente del doctor Paz. Cualquiera rato se retoma el control del país, la serenidad. ¡Qué pesadilla, comadre, verdad? Falta que los “movis” se sienten a conversar y recuperen su unidad.

Después dijo que la ciudad estaba bastante tranquila, casi vacías sus calles, que todo el barullo ocurría en los cuarteles y nada más, en especial en la Fuerza Aérea en Santa Cruz. Pero la radio informaba algo muy distinto: que la revolución había triunfado muy pronto en todo el territorio de la República, que todas las guarniciones militares chicas, medianas y pequeñas ya manifestaron su total lealtad

al nuevo gobierno, el de la Reconstrucción Nacional, y que los principales jefes y hombres del Movimiento Nacionalista Revolucionario —MNR— estaban detenidos, otros autoexiliados en embajadas, consulados, casas de diplomáticos, y unos pocos, de menor importancia, sin paradero conocido. Que, en todo caso, no se tenía informes de muertos.

La comadre Pilar intentó explicarle a Carmen la situación de la casa: “Han llegado de pronto, comadre, toda clase de gente en camiones del ejército, en autos y en manifestación. ¡Los hubieras visto! Vociferando, chillando, gritando llenos de odio. Y se han parado en la puerta de tu casa con un megáfono, apuntando siempre con sus fusiles a tus ventanas, y luego todos se han entrado por donde han podido...”.

Pero Carmen Vargas no tenía concentración para escucharla y debía colgar el teléfono; aunque llamaría pronto, claro. Ella se sentía muy tranquila porque Benjamín estaba con sus padrinos y porque Malenita, por suerte, estaba con la abuela Isaura desde la víspera.

—Chau, comadre Pilar. Gracias por todo, otra vez.

Juan Mérida suspendió las cejas resignado cuando vio a su mujer colgar el teléfono con el testimonio a medias. Benjamín estaba bajo el cuidado de sus hijas —ya mayores, incluso Ana a punto de recibirse de profesora de escuela y Charo de secretaria bilingüe—, la casa vecina humeaba y parecía molida centímetro a centímetro, y, lo peor, Benita, la niñera de tantos años —primero de Malena, mucho después de Ben—, yacente en el piso, perforada en la frente por una bala arterial, esperando que alguien rezara por su alma y la enterrara. Entonces... ¿qué pasaba con la comadre? ¿Se negaba a aceptar la realidad? ¿Que Paz Estensoro, por ejemplo, había llegado a su fin? No habría más movimientismo, eso se veía venir hacía mucho tiempo ya, y también que los militares clamaban por la revancha del 52 contra la policía movimientista, roja. Chau dinero fácil, comadrita; chau au-

tomóviles, ropa y perfumes; chau altanería; chau, en suma, poder. ¿No lo aceptaba? ¿Pensaba que las milicias campesinas y las barzolas mineras darían vuelta el golpe? Imposible, la gente estaba cansada de desfilar en apoyo de la revolución traicionada, trunca, paralogizada, sus medidas históricas tambaleantes, cansada de defender un régimen agotado por sus múltiples peleas internas, por el esmeril del tiempo, por sus propias contradicciones... Además, ahora todos, absolutamente todos, eran del nuevo gobierno.

—¿La comadre Carmen creía que Paz Estenssoro era eterno? En Bolivia, debían saberlo todos, lo que sube, baja, y nadie muera en política. Ahí estaban los militares: igualitos a antes del 52...

Su esposa lloraba angustiada: —¡Ay, que desgracia! ¡Pobre mi ahijado, qué susto le han dado esos maleantes!

Benjamín, que a lo largo de su vida recordó ese día y esa primera noche en casa de sus padrinos Mérida, no derramó una sola lágrima. Le tendieron la cama en un catre de campaña en el oscuro escritorio del padrino, más lleno de cajones y herramientas de todo uso que de libros o papeles. A la hora de haberse quedado dormido se despertó arrebatado por su propio grito de espanto al recordar la escena de Benita, el balazo y su gesto antes de morir. Despertó asustado, temblando, y se quedó mirando la puerta a la espera de alguien —que no llegó— que le diera un poco de tranquilidad y alivio. Luego, en un arrojito de coraje, salió descalzo en puntas de pie, hacía el balcón de su rescate y se quedó un largo rato mirando los restos de su casa a la luz de la luna.

Benita había desaparecido. El Diablo, no.

Diez días y nueve largas noches estuvo con sus padrinos. Al atardecer del último, sin previo aviso, lo recogió su madre, angustiada, envejecida, con ojeras profundas y grises porque había sufrido varias crisis nerviosas. Allí escuchó —sentados todos: los padrinos, las hijas, mamá, Malena y él en sus faldas—

que su padre había huido de Oruro a Tarija, rumbo al Chaco, y que no pensaba salir de la maleza mientras no existieran garantías de parte del nuevo gobierno. Eso se lo había dicho un camarada apenas unas horas atrás y ella le creía porque era un hombre digno de confianza en la policía. Su cuñado, en cambio, estaba en la embajada brasileña y pronto le franquearían la visa para que saliera del país acompañado de toda su familia. Sí, era cierto, el golpe estaba completamente consumado y —quién creyera, si ayer nomás...— lo apoyaban incluso muchas células movis y los mineros y los campesinos.

—Qué ingratitud —dijo, abatida—. Los Barrientistas le deben todo al doctor Paz.

—La historia continúa —alcanzó a opinar el compadre Juan Mérida—. Además, don Juan Lechín es rival declarado de Paz...

—¡Ese maldito! —exclamó doña Pilar.

—De un día al otro nos quedamos sin gobierno, sin casa, sin nada... —dijo Carmen Vargas y sollozó—. Incluso nos mataron a nuestra Benita. ¡Hasta al perro! ¡Qué saña, Dios! ¿Han visto por dentro la casa? La han partido en cien pedazos, le han volado el techo. Se han cargado todo, hasta mis fotos en portarretratos; y lo que no han podido lo han triturado con hacha. No hay ni techo, ni ventanas, absolutamente nada.

Carmen Vargas sollozó sin contenerse.

La gente había entrado en gran tropel, unos con dinamita, otros con hachas, muchos con palos y, los más, con bolsas de tocuyo para cargar cuanto se pudiera. Los más vivos arrojaban las cosas por los huecos de las ventanas a los amigos o parientes ansiosos en la acera y así, en combinola, se cargaron con lo cargable.

¿Quiénes fueron los asaltantes? Los militares, los universitarios, los maleantes y los traidores. Mirando al piso, Carmen Vargas dijo lo inevitable: —Nos han dejado en la cochina calle. A mí y a mis hijos.

Lo mismo pasó donde su hermana Luisa: incendiaron su casa, pero además la tomaron.

Esa misma tarde se fueron a vivir donde la abuela Isaura. En el maletero del auto cargaron menudencias, lo que extrañamente se salvó del saqueo. Carmen Vargas le dijo a su comadre que más bien no había recogido de la mueblería su mesa de comedor, la nueva, doce sillas, la que recién había encargado, pues, a la Casa Muriel. “Térmela, comadre, cuando la traigan. Cualquiera rato, cuando tenga dónde, me la llevaré”. Se fue con los niños mirando, boquiabiertos, su pobre casa en ruinas. En el vidrio posterior del Pontiac, a escasos diez días del golpe de noviembre, lucía ya el letrero EN VENTA para paliar las necesidades que se veían venir.

Así empezó la nueva historia familiar. El primer domingo con la abuela, mientras esperaban parados en el estrecho balcón de la casa la bolsa con los sandwiches de choncho de la chichería de doña Cristalvaso, ubicada en la acera del frente, pasó de improviso un jeep del ejército que ametralló la pared frontal. Nadie tuvo tiempo de moverse ni nada. Los militares pasaron y dispararon concientes de que allí, en esa casa diminuta de la calle Lanza casi Ecuador, vivía ahora parte de la familia Araúz Vargas caída en desgracia, y la quisieron intimidar.